

## DEL PASADO PROXIMO CACEREÑO

## La guerra Europea

(1914)

**A**l comienzo del año 1914, nadie pudo sospechar toda la trascendencia decisiva que tendría para el mundo; nadie pudo suponer que los ecos de unos tiros de pistola, disparados por un estudiante fanático en el desconocido lugar de Sarajevo, conmovería los cimientos de tronos y sociedades seculares, iniciando una era de sangrientas luchas, desatadas pasiones y desquiciamiento social, que aún no ha terminado.

Sonrió la gente cuando en los últimos días del año anterior la popular pitonisa Madame de Thebes anunció la tragedia: «El 1914—dijo— se desenvolverá bajo la influencia del Planeta Marte; es decir, que durante los doce meses los países de la vieja Europa estarán amenazados por la guerra».

Bajo signos de pacíficos augurios emprendió Cáceres el anual camino, sin más sobresaltos que los accidentes automovilistas, sin graves consecuencias, que sufrieron el Doctor Salgado y Marcial Villarroel, cayendo el coche de este último a una charca, en la carretera de Malpartida.

En los conciertos de *El Cuarteto Vasco*, en el *Café Santa Catalina*, o viendo las películas *Los últimos días de Pompeya* y *Quo Vadis*, los cacereños buscaban refugio contra los intensos fríos, nieves y lluvias que durante varios meses padecieran y que deslucieron el carnaval callejero.

Aquí no había más augurios de guerra que la tradicional política, con débiles ofensivas de algún que otro mítin, tal como el celebrado por los Mauristas en *Variedades*, con intervención de Ossorio y Gallardo—que entonces era ultra-conservador— y de Honorio Valentín Gamazo, bajo la presidencia de don Miguel Muñoz Mayoralgo, don Adolfo López Montenegro y don Basilio Gutiérrez Cedrún.

Todo se iba deslizando suave y plácido: la iglesia de San Mateo, tras la discutida reforma en ella realizada, volvió a abrirse al culto; en la *Concordia* dieron un concierto la tiple Matilde Rubio y el baritono Rafael Lancho; aparecieron *El Boletín de la Cámara de Comercio e Industria* y *Vida Cacereña*; el arqueólogo Mérida descubrió el famoso aljibe árabe de la casa de las Veletas; los alumnos del Instituto marcharon de excursión a Mérida; Federico Reaño publicó un volumen de novelas, titulado *La Tierra Extremeña*; en El Centro Obrero comenzaron a dar conferencias algunos intelectuales; Antonio Floriano disertó en el Ayuntamiento; escritores, más o menos ligados a la localidad, estrenaron comedias, una en Madrid, *El Rosal de la Verja*, de Francisco Cabrerizo y Carlos Jaquetot, y

otra en Cáceres, *Una mujer sola*, de José Paggio—Administrador de Hacienda en la Provincia—y Luis García Conde.

Fué aquel un año de muchas actividades teatrales. En el *Principal* actuaron la ya tradicional e insustituible compañía de Montijano, la de Carmen Cobeña y la de la precoz artista de nueve años Carmen Estrada; en el *Varietades*—cuyo derribo comenzó en los últimos meses—, las de Soto, Mercedes San Pedro y José Tallaví. Los aficionados también lucieron su arte en el teatro de la calle de Peña, representándose *El genio alegre* y *Ciencias exactas*. Este festival se dió a beneficio de los heridos de la guerra de Marruecos, organizado por una junta de damas, formada por doña Catalina Muñoz y Torres-Cabrera, doña María López-Montenegro y García-Pelayo y doña Javiera Vicario de Rodríguez Arias.

La feria estuvo muy animada, con noventa y ocho mil cabezas en *El Rodeo*; el indispensable circo Borza en San Juan, las corridas, a cargo de *Bombita III*, Posada y Paco Madrid; *Coso Morado*, inauguración de la caseta del *Círculo de Artesanos* en las inmediaciones del Paseo de Cánovas y velada literaria del *Centro de Reporters* en la que se leyeron trabajos en prosa o verso de Publio Hurtado, Enrique Montánchez, Juan Luis Cordero, Manuel Monterrey, Enrique Segura y otros, terminando con un discurso de Víctor Berjano.

En la noche del 20 al 21 de Junio, inauguróse solemnemente la Adoración Nocturna, en la iglesia de Santo Domingo. Fué su primer presidente don Nicolás Carvajal y regaló la bandera don Marcial Higuero.

El verano trajo la inesperada novedad sensacional para el mundo. Primeramente, se supo que el Archiduque heredero de Austria y su esposa habían sido asesinados en Sarajevo, un pueblo de Servia que en Cáceres nadie oyó nunca nombrar, a no ser el catedrático de Geografía e Historia del Instituto, don Francisco Javier Gaité, terror de los alumnos. Luego vino la guerra, la guerra lejana, pero terrible, que empezó a flotar sobre el tranquilo ambiente provinciano, como una pesadilla de apocalipsis. Un periódico local hacía el 8 de Agosto este comentario:

«Rusia, Austria, Servia, Francia y Alemania están ya destrozándose. Millones de hombres dotados de los más perfectos elementos que el ingenio humano ideó para aniquilarnos los unos a los otros, están ya frente a frente. Las batallas que se avecinan serán de las más sangrientas de la Historia. La hecatombe es espantosa. Se peleará bajo el mar con los sumergibles, sobre el mar, en la tierra y en el aire con los aeroplanos».

Después de tan abrumador panorama, los cacereños respiraban algo más tranquilos al leer este comentario, escrito a continuación «España, la hidalga España, ayer invencible, hoy pobre y débil, será neutral en la contienda».

Por algún tiempo, nadie se sustrajo a la impresión terrible del conflicto europeo. Los ánimos se dividieron en Cáceres—al igual que en todos los lugares—entre francófilos y germanófilos, con esa

enconada exaltación que Fernández Flores ha sabido captar certera y humorísticamente en su novela *Los que no fuimos a la guerra*.

Reorganizóse la junta de la Cruz Roja bajo la presidencia del anciano Conde de Canilleros; comenzaron las escaseces de artículos de primera necesidad y las medidas de gobierno, conducentes a evitar el encarecimiento de la vida; la fábrica de corcho tuvo que cerrarse, por no tener salida sus productos, quedando parados cincuenta obreros; hubo junta de damas, para proteger a los sin trabajo locales y a los repatriados de Europa; para la población infantil, se abrió la Cantina Escolar en el palacio de la Isla; muy a tono con lo que se hacía en otros países, *El Reformista*, periódico local, lanzó la idea de que se fundasen los *Boys-Scuts*, comenzando seguidamente su organización.

Intercaladas entre las preocupaciones y el apasionamiento creados por la guerra, algunas benéficas novedades alegraron los espíritus, pues en este año se adjudicó a don Raimundo Parra la instalación de teléfonos urbanos y fué creada por el Gobierno, con independencia del Instituto, la Escuela Normal del Magisterio, de la que se designaron profesores a don Francisco Campón don Manuel Castillo, don Arturo García Agúndez y don Fernando Jiménez Moggollón.

El agonizante tipismo tuvo animado rebrote en la feria de Malpartida, a la que concurrió mucha gente cacereña. Entre las notas fúnebres destacaron las exequias celebradas por el Papa Pío X—al que sustituyó Benedicto XV—, el repentino fallecimiento del Diputado a Cortes por la capital, don Cipriano Higuero—ocurrido en Antequera, cuyos restos desfilaron por Cáceres, camino del pueblo de Ruanes—y la muerte de Antonio González Villa Amil, periodista y poeta bohemio, autor de un libro con cuatro mil epigramas muy malos, quien bulló mucho en Cáceres, de donde había desaparecido tres años antes, para acabar ahora sus días en un asilo de Madrid.

En el ámbito de las novedades circunstanciales, se comentó la visita de Eugenio Noel, el homenaje a *Angelete*, la actuación de *Las Tiradoras* y los bailes en la casa del *Naveo*.

Ángel Fernández, *Angelete*, acababa de destacarse como novillero de grandes esperanzas. En el *Hotel Europa*, con lucida concurrencia, se celebró un banquete en su honor, interviniendo en los brindis Narciso Maderal, Julio Acha y Enrique Montánchez. El precio del cubierto fué de cinco pesetas.

*Las Tiradoras* constituyeron el número casi escandaloso del año. Eran unas muchachitas alegres y de buen ver, que tiraban al blanco con escopetas de aire comprimido. El espectáculo no podía ser más simple; pero fácilmente se adivina la causa del triunfo logrado, porque fué un verdadero éxito. Todas las noches llenaba un público masculino el salón del entresuelo del café *Santa Catalina*, donde actuaron, y cada cual hacía sus apuestas a favor de la que estimaba hubiera de ser vencedora en el torneo balístico, aportando, posiblemente, más a impulso de personales simpatías, que de objetiva apreciación de la individual destreza.

El polifacético Antonio Macías, *El Navero*, quien junto a su profesión zapateril cultivaba las bellas artes, concibió, como negocio, celebrar en su domicilio esas promiscuas reuniones que se llamaban bailes de candil: los clásicos bailes de criadas y de horteras. Con gran éxito, cada domingo se reunían allí nutrido concurso de cocineras, fregatrices y dependientes de comercio, sin faltar algún que otro señorito. Entre vulgaridad y olor a ajo, discurrían las veladas, sin más detalle curioso que el invariable objeto con el que todo galán obsequiaba a su dama, ya que entonces era costumbre, después de cada pieza acercarse al «ambigú». El «ambigú» del *Navero* se reducía a una mesa con varias botellas de bebidas malas, unos vasos y una fuente llena de huevos cocidos. Esto era lo que elegían siempre las jovencitas al ser invitadas, un huevo cocido, por el que pagaba dos reales el acompañante. Tan pronto como éste se alejaba, el huevo, que jamás pensó comerlo, iba a poder de la esposa del *Navero*, a la que se lo volvía a vender por la mitad de lo que le costó, quedando, por tanto, el beneficio de un real para la casa y otro para la joven. Los huevos circulantes, duraban todo el año. No sabemos qué habría pasado si a alguno, ajeno al truco se le hubiera ocurrido comerse un huevo de aquellos que llevaban meses rodando de mano en mano y de bolsillo en bolsillo.

Las *Tiradoras* y los bailes de *El Navero* matizaron con algún alegre tono la atmósfera de preocupaciones y apasionamiento que creara la guerra europea, aquella guerra lejana, que iba haciendo, poco a poco, llegar a todas partes los ecos de sus cañonazos. Nadie sospechaba, sin embargo, que aquellos ecos seguirían vibrando trágicamente a lo largo de años y generaciones, en cadena de bélicas contiendas que sólo Dios sabe cuando terminarán.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO



## TRIPTICO DE LA ORILLA

### PESCADOR

A Pepe Polo.

Hoy vivo, pescador en esta orilla,  
y un agua que se muda el pie me baña;  
es mi horizonte incierto una montaña  
y mi esperanza es firme en una quilla.

Una barquilla tengo, una barquilla,  
pero sus remos guardo en mi cabaña;  
mi ilusión, desgranada por mi caña,  
yace en el agua inquieta que se astilla.

Nada me importa, todo, fatalmente,  
naufraga lento en la delicuescencia  
de mi caña curvada a la corriente.

En mi morral no hay peces ni carnada.  
No los quiero, que el hueco de una ausencia  
colma la yerma ruina de mi nada.

### BARQUERA

Peregrino juglar de tierra adentro,  
hoy llego a ti, barquera, hasta tu orilla,  
llego buscando inquieto la amarilla  
miel de tus labios, fruto de tu encuentro,

Temblona en el cristal, desde su centro  
gira un saludo airoso tu barquilla